

V.E.
SCHWAB

EL
VACÍO

Serie
El Archivo

minotauro



EL VACÍO

V. E. SCHWAB

minotauro

Título original: *The Unbound*

© 2014 Victoria Schwab
Publicado por acuerdo con la autora,
representada por BAROR INTERNATIONAL, INC.

© Traducción de Julieta Gorlero

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0807-2
Depósito legal: B. 789-2020
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

El cuerpo me ruega que duerma. Me siento en la azotea del Coronado y me suplica, me ruega que baje de mi asiento sobre el hombro quebrado de una gárgola, que me escabulla de nuevo dentro y baje las escaleras y atraviese el apartamento todavía oscuro y me meta en la cama, a dormir.

Pero no puedo.

Porque cada vez que duermo, sueño. Y cada vez que sueño, lo hago con Owen. Con su pelo rubio ceniza, sus ojos fríos, sus dedos largos envolviendo de manera despreocupada su cuchillo preferido. Un sueño que arrastra el lado afilado de la hoja por mi piel mientras murmura que la «verdadera» Mackenzie Bishop debe de estar escondida en algún lugar debajo de esa piel.

«Te encontraré, M», susurra mientras me corta.

Te liberaré.

Algunas noches me mata con rapidez y otras se toma su tiempo, pero todas las noches me levanto agitada, abrazada a mis costillas, con el corazón palpitando mientras me reviso la piel en busca de heridas recién abiertas.

No hay ninguna, obviamente.

Porque Owen no existe.

Ya no.

Han pasado tres semanas y aunque está demasiado oscuro para distinguir nada que no sean los contornos de las azoteas

bañadas por la noche, mis ojos siguen desviándose hacia el espacio —un círculo de gárgolas— donde ocurrió. O al menos, donde terminó.

«Deja de correr, señorita Bishop. No hay adónde ir».

El recuerdo es tan vívido: Wesley desangrándose hasta la muerte al otro lado de la azotea mientras Owen presionaba la hoja del cuchillo entre mis omóplatos y me daba una elección que en realidad no era tal, porque el metal estaba mordiéndome la piel.

No tiene que terminar así.

Las palabras flotaron entre nosotros solo el tiempo suficiente como para que yo girara la llave en el aire detrás de su espalda e hiciera un agujero en el mundo, una puerta de la nada a la nada —a *ningún lado*—, y lo enviara a través de ella.

Ahora mis ojos se topan con la marca invisible..., —imposible. Es apenas un rasguño en el aire, todo lo que queda de la puerta al vacío.

Aunque no puedo *ver* la marca, sé exactamente dónde está: en el trozo de oscuridad por donde mis ojos resbalan, atraídos y repelidos al mismo tiempo por lo que está fuera de lugar, lo antinatural, lo defectuoso.

La puerta al vacío es algo extraño, corrosivo.

Intenté regresar a ese día, leer en las estatuas de la azotea lo que había pasado, pero los recuerdos se habían dañado. La abertura del vacío los sobreexpuso, como las fotos, devoró minutos enteros —los más importantes de mi vida— y solo dejó ruido blanco.

Pero no me hace falta leerlos para ver las imágenes en las piedras: lo recuerdo.

Un pedrusco se desmorona de una estatua en el otro de la azotea, y yo me sobresalto y casi pierdo el equilibrio encima de la gárgola. Me empieza a pesar la cabeza de forma peligrosa y somnolienta, así que bajo antes de caerme y hago rotar el cuello mientras los primeros rayos de luz se asoman en el cielo. Me tensó al verlos. No estoy, en absoluto, lista para hoy, y no

solo porque no he dormido. No estoy lista para el uniforme que se encuentra colgado en mi silla ni para la nueva cara que tengo que poner al llevarlo. No estoy lista para las instalaciones llenas de cuerpos abarrotados de ruido.

No estoy lista para el Colegio Hyde.

Pero el sol, de todos modos, sigue subiendo.

Varios metros más allá, una de las gárgolas destaca entre las otras. Su cuerpo de piedra está forrado con almohadones viejos y cinta de embalaje. Los primeros, robados de un armario en el vestíbulo del Coronado; lo segundo, de un cajón de la cafetería. Es un pésimo sustituto de un muñeco de entrenamiento para boxeo, pero es mejor que nada. Y si no puedo dormir, entonces ¿por qué no entrenar?

Ahora, mientras el amanecer se derrama por la azotea, desenrollo con cuidado la cinta de boxeo que me envuelve las manos y me encojo de dolor cuando la sangre regresa a mi muñeca derecha. Un dolor, sordo y constante, irradia hacia mi dedos. Es otro vestigio de aquel día. *La mano de Owen me sujeta como una tenaza, apretando hasta que se me rompen los huesos y el cuchillo que sostengo con los dedos cae y retumba en el suelo de los Estrechos.* Es probable que la muñeca se curara antes si no me pasara todo el tiempo golpeando estatuas de piedra, pero encuentro que el dolor, extrañamente, es un ancla a tierra. Casi he terminado de desenrollar la cinta cuando siento el familiar roce de las letras en el papel que tengo en el bolsillo. Saco la hoja y en la creciente luz del día apenas puedo descifrar el nombre en medio de la página.

Ellie Reynolds, 11.

Paso el dedo gordo sobre el nombre, como si esperara sentir los surcos de la pluma, pero la extraña escritura nunca deja un rastro real. Una mano en el Archivo escribe en un libro y las palabras hacen eco en el papel de este lado. Encuentras la

Historia y el nombre desaparece. Sin marcas duraderas. Pensé en hacer una lista con las personas que encontré y devolví, pero mi abuelo, Da, me habría dicho que preocuparse no tiene sentido. «Miras fijamente cualquier cosa», habría dicho, «y empiezas a hacerte preguntas. Y ¿adónde llevan las preguntas? A ningún lugar bueno».

Me dirijo a la puerta oxidada de la azotea. Encontrar a Ellie Reynolds debería mantenerme ocupada, al menos hasta que sea una hora más aceptable para levantarse. Si les contara a mis padres cómo he estado pasando las noches —la mitad de ellas con pesadillas y la otra mitad aquí en la azotea—, me mandarían al psicólogo. Por otro lado, si les contara a mis padres cómo he pasado los últimos cuatro años y medio de mi vida —cazando las Historias de los muertos y devolviéndolas—, me encerrarían en un psiquiátrico.

Bajo los cuatro escalones de cemento, sumamente consciente del silencio y de la forma en que mis pasos lo apuñalan. En el tercer piso, las escaleras me escupen al pasillo adornado con un desgastado empapelado amarillo y luces de cristal polvorientas. El apartamento 3F espera al otro extremo del pasillo, y una parte de mí está desesperada por ir a casa y dormir, pero la otra parte no está dispuesta a arriesgarse. En vez de eso, me detengo a mitad de camino, justo después de los ascensores de metal que parecen jaulas, en el espacio enmarcado por un viejo espejo y una pintura del mar.

Al lado de la pintura, percibo la grieta, como una ondulación en el empapelado, que atrae y repele mi mirada a la vez. Es una forma bastante fácil de saber si algo no encaja: cuando tus ojos no pueden encontrarlo con precisión porque se trata de algo que se supone que no debes ver. Como en la azotea. Pero a diferencia de allí, cuando me quito el anillo de plata del dedo, la incomodidad desaparece y soy capaz de ver con claridad la forma en medio de la grieta.

Una cerradura.

Una puerta a los Estrechos.

Paso los dedos por el pequeño y oscuro punto, dudando un instante. Antes sentía las paredes entre los mundos como hechas de piedra: pesadas e impenetrables. Últimamente las siento demasiado delgadas. Los secretos, las mentiras y los monstruos se filtran a través de ellas, estropeando las líneas nítidas.

«Mantén tus mundos alejados», me aconsejó Da. «Separados con prolijidad, firmeza y solidez».

Pero ahora todo es un lío. El miedo me sigue a los Estrechos. Las pesadillas me siguen al exterior.

Busco el cordón de cuero que llevo al cuello y me lo quito por la cabeza. La llave que cuelga al final brilla en la luz artificial del pasillo. No es mía —no es de Da, quiero decir—, y la primera vez que la usé para abrir una puerta a los Estrechos, recuerdo haberme sentido amargada por el hecho de que pudiera reemplazar tan fácilmente la llave de mi abuelo. Como si fueran lo mismo.

Sopeso esta en mi mano; es demasiado nueva y una fracción demasiado liviana, y no se trata solo de un trozo de metal, sino de un símbolo: una advertencia de que me pueden arrebatar las llaves, la libertad, los recuerdos y la vida. Aunque no necesito un recordatorio. El interrogatorio de Agatha está grabado en mi memoria.

Solo habían pasado unos días. El tiempo suficiente como para que los moretones cambiaran de color en mi piel, pero no lo bastante como para que mi muñeca sanara. Agatha se sentó en su silla, sonriendo con amabilidad, y yo me senté en la mía, intentando que no advirtiera lo mucho que me temblaban las manos. No tenía llave —ella me la había quitado—, y sin una, no había forma de salir del Archivo. El problema, como me explicó Agatha, era que yo había visto lo que ocurría detrás del telón, había visto los engranajes y las fisuras. La pregunta era: ¿debía permitirme recordar o debía extraer el Archivo todo lo que había visto y hecho dentro de su jurisdicción y dejarme llena de agujeros? Libre del peso de todo.

«Si tuviera que elegir», le dije, «preferiría aprender a vivir con lo que sé».

«Esperemos que esté tomando la decisión correcta», dijo y me puso la nueva llave en la mano. Hizo que envolviera el metal con los dedos y agregó: «Esperemos que yo también».

Ahora, de pie en el pasillo, meto la llave de Agatha en la marca del empapelado amarillo y observo cómo las sombras se expanden desde la cerradura, impregnando la pared como si fuera tinta a medida que la puerta cobra forma. Cuando termina de conformarse —los bordes quedan acentuados por la luz—, me obligo a girar la llave y, por un segundo, no soy capaz. Me empieza a temblar la mano, así que aprieto la llave hasta que el metal se me clava en la piel y el dolor me induce a liberarme, y entonces abro la puerta de un empujón y paso a los Estrechos.

Cuando la puerta se cierra detrás de mí contengo el aliento, como hacen los niños pequeños cuando van en coche y pasan al lado de un cementerio. Es una superstición, nada más que una tonta esperanza de que no ocurrirán cosas malas si no coges aire. Me obligo a permanecer en la oscuridad hasta que mi cuerpo admite que Owen no está aquí, que solo estoy yo y, en algún lugar, Ellie Reynolds.

Resulta ser una devolución sencilla, en cuanto doy con ella.

Es más fácil localizar a las Historias cuando corren porque proyectan recuerdos, como sombras, en cada centímetro de suelo que recorren. Pero Ellie se queda inmóvil, acurrucada en una esquina de los Estrechos cerca del borde de mi territorio. Cuando la encuentro, me acompaña sin oponer resistencia, lo que es algo bueno.

Me apoyo contra la pared húmeda y oscura, es todo lo que puedo hacer para mantener los ojos abiertos. Me arrastro hacia las puertas numeradas que conducen a casa, bostezando hasta que llego a la puerta con el I marcado en tiza. Regreso de nuevo al Exterior, aliviada de encontrar el pasillo del tercer piso tan silencioso como lo dejé. Es demasiado fácil perder la noción del tiempo en los Estrechos, donde ningún tipo

de reloj funciona, y hoy, más que ningún otro día, no puedo darme el lujo de llegar tarde.

La luz del sol inunda el apartamento a través de las ventanas mientras cierro la puerta con cuidado y atravieso la sala de estar, con mis pasos amortiguados por el sonido de la elaboración del café y el murmullo bajo de la televisión. Debajo del cartel con la hora y el día —6:15 horas, miércoles—, un presentador de noticias parlotea sobre el tránsito y da el resumen deportivo, antes de cambiar el ritmo.

—A continuación —dice, revolviendo papeles—, las últimas noticias sobre un crimen que ha dejado a todos perplejos. Una persona desaparecida. Un escenario caótico. ¿Fue un robo, un secuestro o algo peor?

El presentador pronuncia la frase con demasiado entusiasmo, pero algo en la imagen congelada que flota detrás de él me llama la atención. Me dirijo hacia el televisor cuando el sonido apagado de los pasos de mis padres en su habitación me recuerda que estoy de pie en medio del apartamento, todavía ataviada con la ropa negra y ajustada de Guardiania, a las seis de la mañana.

Me escabullo con rapidez al baño y abro la ducha. El agua está caliente y me siento de maravilla. El calor me relaja los hombros y me calma los músculos doloridos, el sonido del agua llena la habitación de ruido blanco, constante y tranquilizador. Se me cierran poco a poco los ojos y entonces...

Me tambaleo y me sostengo un instante antes de caer hacia delante contra la pared. El dolor se dispara en mi muñeca lesionada cuando me apoyo contra los azulejos. Lanzo un improperio en voz baja y cierro de golpe el agua caliente. El agua helada me golpea la piel, la impresión me deja miserable pero bien despierta. A mitad de camino hacia mi habitación, cubierta con una toalla y la ropa de Guardiania amontonada bajo el brazo, la puerta del cuarto de mis padres se abre y papá se asoma. Está sosteniendo una taza de café y transmite su habitual aire de haber dormido mal y de exceso de cafeína.

—Buenos días —murmuro.

—Hoy es un gran día, corazón. —Me planta un beso en la frente y su ruido (la estática que todas las personas vivas llevan consigo, el sonido de sus pensamientos y sus recuerdos) resuena a través de mí, las imágenes obstruidas solo por el anillo de Guardiania que llevo en el dedo—. ¿Estás preparada? —pregunta.

—Lo dudo —respondo, resistiendo las ganas de señalar que no me queda otra opción. En vez de eso, lo escucho decirme que voy a estar a la altura del desafío. Incluso me las arreglo para sonreír, encogerme de hombros y contestar «claro», antes de escaparme a mi dormitorio.

El agua fría podría haber sido suficiente para espabilarme, pero no me prepara ni de lejos para el uniforme escolar que me espera en la silla. El agua me cae desde el pelo a los ojos, mientras observo la camisa blanca —de mangas largas, con ribetes plateados y un escudo en el bolsillo del pecho— y la falda escocesa color negro, plateado, verde y dorado. Los colores del Colegio Hyde. En el catálogo, chicos y chicas estudian bajo robles centenarios, con una cerca de hierro forjado a un lado y un edificio cubierto de musgo al otro. Una imagen de clase, encanto y resguardada inocencia.

Busco mi móvil recién cargado y le mando un mensaje rápido a Wesley.

Mackenzie: «No estoy lista para esto».

Wesley Ayers, quien guardó su nombre en mi móvil como «WESLEY AYERS, COMPAÑERO DE FECHORÍAS», lleva fuera más de una semana; se fue justo después de la boda de su padre a una luna de miel pensada para «unir a la familia». A juzgar por lo mucho que me ha estado mensajando, diría que decidió no participar en las actividades de vinculación afectiva.

Un momento después, responde.

Wes: «Eres Guardiania. Cazas los registros conscientes de los muertos en tu tiempo libre. Estoy bastante seguro de que te las arreglarás bien en un colegio privado».

Puedo imaginarme cómo Wesley se coloca las manos en la nuca mientras lo dice, con una ceja levantada y sus cálidos y brillantes ojos marrones delineados de negro. Estoy intentando pensar en algo inteligente que contestarle, cuando vuelve a escribir.

Wes: «¿Qué llevas puesto?».

Me sonrojo. Sé que solo está bromeando —vio el uniforme antes de irse— pero no puedo evitar recordar lo que ocurrió en el jardín la semana pasada, el día de la boda. La forma en que sus labios sonreían contra mi mentón, cómo su ahora familiar ruido —esa cacofonía de tambores y bajos— me atravesaba con la presión de su contacto, antes de que yo lograra encontrar la fuerza para decirle que no. La expresión de dolor en sus ojos cuando finalmente lo hice; tan oculta que la mayoría de la gente no se hubiese dado cuenta. Pero yo la vi. Lo noté en su rostro cuando retrocedió, en sus hombros cuando se apartó, en las comisuras de sus labios cuando me dijo que no pasaba nada. Que las cosas entre nosotros estaban bien. Y quise creerle pero realmente no le creí. No le creo.

Por eso sigo aquí envuelta en la toalla, intentando pensar qué responderle, cuando oigo que la puerta de entrada del apartamento se abre y se cierra de un golpe. Un segundo después, una voz agitada me llama y a continuación alguien golpea la puerta de mi dormitorio. Lanzo el móvil a un lado.

—Me estoy vistiendo.

Como si eso fuera una invitación, la puerta comienza a abrirse. La atrapo con la mano y la cierro con fuerza.

—Mackenzie —resopla mamá—. Solo quiero ver cómo te queda el uniforme.

—Te lo enseñaré —respondo enfadada— en cuanto lo tenga *puesto*. —Guarda silencio, pero sé que sigue en el pasillo detrás de la puerta. Me pongo la camisa de un tirón y me abotono la falda—. ¿No deberías estar en la cafetería —le grito— preparándolo todo para abrir?

—Quería verte antes de que te fueras —habla a través de la madera—. Es tu primer día...

Su voz flaquea antes de apagarse, y yo suspiro ruidosamente. Capta el mensaje y se aleja por el pasillo, mientras sus pasos resuenan detrás de ella. Cuando por fin salgo, está sentada a la mesa de la cocina con un delantal de Café Bishop, leyendo el folleto del Colegio Hyde con una lista de SÍ y NO. (Se alienta a los estudiantes a ayudar, a ser respetuosos y a tener buenos modales, pero se desaconseja el uso de maquillaje, los piercings, el pelo teñido de colores que no son naturales y la estridencia. De hecho, la palabra estridencia aparece en el libro. Resalté las partes que pienso que le van a gustar a Lyndsey; solo porque viva a una hora de distancia no significa que no pueda reírse a mis expensas).

—¿Y? —pregunto, dando una vuelta lentamente para darle el gusto a mi madre—. ¿Qué te parece?

Levanta la vista y sonrío, pero tiene los ojos brillantes y sé que acabamos de entrar en un terreno frágil. Se me retuerce el estómago. He hecho todo lo posible para esquivar el tema, pero al ver el rostro de mamá —la guerra sutil entre la tristeza y la terquedad de estar alegre—, no puedo evitar pensar en Ben.

Mi hermano pequeño fue asesinado el año pasado de camino al colegio, tan solo un par de semanas antes de las vacaciones de verano. Ese terrible día de otoño, cuando volví a clase y Ben no, va a quedar como uno de los momentos más oscuros de la historia de mi familia. Fue como sangrar hasta morir, pero más doloroso.

Así que cuando veo la tensión en los ojos de mamá, solo agradezco que haya pasado un año para amortiguar el dolor, aunque sea un poco. Dejo que pase los dedos por los ribetes plateados que delinean los hombros de mi camisa, haciendo un esfuerzo por quedarme quieta debajo del ruido agobiante que se vierte desde sus dedos a mi cabeza con su contacto.

—Será mejor que vuelvas a la cafetería —digo con los dientes apretados, y mamá deja caer la mano, confundiendo mi incomodidad con fastidio.

Aun así, se las arregla para sonreír.

—¿Estás lista?

—Casi —respondo. Cuando no se da la vuelta para marcharse, sé que es porque quiere acompañarme hasta la calle para despedirse. Ni me molesto en protestar. Hoy no. En vez de eso, hago una comprobación rápida: primero lo mundano (mochila, billetera, gafas de sol) y después lo específico (mi anillo en el dedo, la llave alrededor del cuello, la lista en mi... No tengo la lista). Vuelvo a mi habitación para buscar la hoja de papel del Archivo en el bolsillo de mis pantalones. Ahí también se encuentra mi móvil, al lado de la pata de la cama, justo donde lo tiré antes. Transfiero el papel (en blanco, por ahora) al bolsillo delantero de mi falda y escribo una respuesta rápida a la pregunta de Wesley...

Wes: «¿Qué llevas puesto?».

Mac: «Armadura de batalla».

... antes de meter el teléfono en la mochila.

Me dirijo a la salida, y mamá me da todo un discurso sobre mantenerme a salvo, ser amable y caerles bien a los demás. Cuando llegamos a la base de las escaleras de mármol del vestíbulo, me planta un beso en la mejilla (suena como unos platos que se rompen en mi cabeza) y me dice que sonrío. Entonces un anciano llama desde el otro lado del vestíbulo y pregunta si el café está abierto. La veo marcharse apurada, trinando con alegría matinal mientras lo lleva al interior del Café Bishop.

Atravieso las puertas giratorias del Coronado y me dirijo al soporte de bicicletas recientemente instalado. Solo hay una bici encadenada a él, una estructura elegante de metal estropeada —Wes diría «adornada»— por una tira de cinta adhesiva plateada sobre la cual la palabra «DANTE» está garabateada con rotulador permanente. Sabía que un coche era imposible

—todo el dinero de la familia alimenta la cafetería en estos momentos—, pero fui lo bastante previsora como para pedir una bici. Mis padres se sorprendieron; supongo que pensaron que cogería el autobús (el de línea, no el escolar; Hyde no se rebajaría a tener su nombre estampado en el costado de una monstruosidad amarilla o naranja y, además, es probable que el estudiante promedio conduzca un Lexus), pero los buses son cajas abarrotadas de cuerpos llenos de ruido. Tiemblo de solo pensarlo.

Saco un par de pantalones deportivos de mi bolso y me los pongo debajo de la falda, antes de desencadenar a *Dante*. El toldo del Café Bishop aletea con la brisa y las gárgolas de la azotea miran hacia abajo, mientras paso la pierna sobre la bici y descendo el bordillo.

Casi he llegado a la esquina cuando algo —alguien— me llama la atención, entonces bajo la velocidad y miro hacia atrás.

Hay alguien en la acera de enfrente del Coronado que está observándome. Un hombre, de unos treinta y pocos años, con el cabello rubio y la piel dorada por el sol. Se encuentra en el bordillo, protegiéndose los ojos del sol y observando el Coronado con la mirada entornada, como si fuera algo sumamente interesante. Pero hubiera jurado hace un momento, cuando pasé a toda velocidad, que me miraba a mí. Y aún ahora, cuando no me observa, esa sensación persiste.

Me detengo en la esquina, fingiendo ajustar los cambios de mi bici mientras observo cómo no me mira. Algo en él me resulta familiar, pero no sé bien el qué. Quizá haya estado en el Café Bishop cuando me encontraba atendiendo o tal vez sea amigo de algún vecino del Coronado. O quizá no lo haya visto jamás y simplemente tiene una de esas caras que resultan familiares. Quizá solo necesito dormir. En cuanto le doy voz a la duda, mi convicción muere; y de repente, ni siquiera estoy segura de que me estuviera observando. Cuando cruza la calle un momento después y desaparece por las puertas de entrada

del Coronado sin siquiera mirar en mi dirección, me libero y me voy pedaleando.

La mañana es fría y yo disfruto del aire puro y del viento que silba en mis oídos mientras serpenteo por las calles. Tracé la ruta ayer —me la dibujé en la mano esta mañana para estar segura—, pero no miro hacia abajo. La ciudad se despliega a mi alrededor —una cuadrícula enorme y soleada—, un contraste absoluto con la maraña de pasillos oscuros y húmedos a los que estoy acostumbrada.

Y durante unos pocos minutos, mientras el mundo se difumina con la velocidad, casi me olvido de lo cansada que estoy y de cuánta angustia me da el día de hoy. Pero luego tuerzo la esquina y cuando el instante se termina, me encuentro a mí misma cara a cara con las piedras cubiertas de musgo, las paredes tapadas de hiedra y las verjas de hierro del Colegio Hyde.